EL TEATRO

JACINTO BENAVENTE

LECCIONES de BUEN AMOR



50 CENTIMOS

PRENSA MODERNA

LECCIONES DE
BUEN AMOR

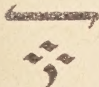
EL TEATRO
REVISTA SEMANAL
AÑO I 3 OCTUBRE 1925 NÚM. 1

Jacinto Benavente.
Premio Nobel de Literatura de 1922

LECCIONES DE BUEN AMOR

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Español,
de Madrid,
el 2 de abril de 1924.



PRENSA MODERNA
MADRID

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

COBARDÍAS

POR

MANUEL LINARES RIVAS

PORTADA DE

VARELA DE SEIJAS

CARICATURA DE

SIRIO

IMP. SÁEZ HERMANOS
NORTE, 21. - MADRID

A Pepita Díaz de Artigas
y a Santiago Artigas,
admirables intérpretes de esta sencilla obra,

Jacinto Benavente.

JACINTO BENAVENTE

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Clarita	JOSEFINA DÍAZ DE ARTIGAS.
Leonor	CARMEN ORTEGA.
Federico	SANTIAGO ARTIGAS.
Eugenio	MANUEL POZANCO.
Antonio	VICTORIANO ALEMÁN.
Titín	NIÑA MARÍA PAZ MOLINERO.
Criado	ANICETO ALEMÁN.

ACTO PRIMERO

ACTO PRIMERO

Despacho elegante.

ESCENA I

CLARITA escribe a máquina. FEDERICO entra con gabán y sombrero.

FEDER. ¿Ha terminado usted?

CLARITA. En seguida; sólo faltan dos cartas.

FEDER. No se dé usted prisa las firmaré mañana. Esta noche no como en casa; aun no es hora. pero antes tengo que ver a un amigo.

CLARITA. Si espera usted unos minutos...

FEDER. Esperaré.

CLARITA. Puede usted firmar todas éstas. Fíjese usted en ésta; no sé si entendí bien lo que usted deseaba decir.

FEDER. Sí, lo habrá usted entendido.

CLARITA. No sé; lea usted por si acaso.

FEDER. Está muy bien, dulcificado; pero es mejor. Lo malo es que volverá a insistir en la petición.

CLARITA. Eso de todos modos. Ya le conoce usted.

FEDER. Sí, no engaña a nadie. Ya ve usted cómo encabeza siempre sus cartas: "Mi estimado amigo", y lo escribe con equis. *(Entra un criado.)*

CRIADO. Con su permiso.

FEDER. ¿Qué?

CRIADO. Don Eugenio pregunta por el señor; desea verle con urgencia. Le dije que no sabía si estaba usted en casa.

FEDER. ¡Vaya, llegaré tarde! Que pase.

CRIADO. ¿Aquí?

FEDER. Sí, aquí.

CLARITA. Yo termino en seguida, y les dejo a ustedes.

FEDER. No, puede usted quedarse; el asunto no será reservado para él. Lo de siempre: disgustos conyugales; la pelotera semanal, seguida de la reconciliación quincenal, que sólo sirve para que su mujer nos odie más cada día a los que intervenimos como abogados o como amigos, más como amigos, naturalmente.

CLARITA. ¡Ya, ya!

ESCENA II

DICHOS y EUGENIO con TITÍN de la mano.

FEDER. ¡Eugenio! ¿Qué es esto? ¿Qué te sucede? ¡Tú con el niño!

EUGE. Perdona, chico, perdona. Ya me dijo el criado que ibas a salir. Perdona. *(Al niño.)* Calla.

TITÍN. *(Llorando.)* ¡Mamá! ¡Mamá!

EUGE. ¿No callas

FEDER. ¡Vaya por Dios! ¡Siempre los hijos!

TITÍN. ¡Mamá! ¡Mamá!

EUGE. ¡Te he dicho que te calles!

TITÍN. ¡No quiero!

EUGE. ¡Mira que volvemos a casa!

TITÍN. ¡No quiero!

FEDER. Ven aquí, Titín; no llores. Mira, esta señorita te va a dar dulces. *(A Clarita,* Clarita, haga usted el favor; llévele usted al comedor; dele usted alguna golosinas; entreténgale usted como pueda.

TITÍN. ¡No quiero!

CLARITA. Ven conmigo, rico, ven. Yo tengo muchos juguetes muy bonitos, y voy a contarte un cuento precioso.

TITÍN. ¡No quiero!

CLARITA. ¡Anda! ¡Si tú eres muy bueno!

TITÍN. ¡No!

CLARITA. ¡Sí! Muy bueno, verás. Oye.

EUGE. ¡Sí, Federico, sí; no puedo más; es para pegarse un tiro! *(Al ver que se ha callado Titín.)* ¡Gracias a Dios! ¡Entre el hijo y la madre! ¡Qué mujer, Federico, qué mujer!; pero ¡se acabó!, ¡se acabó! ¡Ahora sí que se acabó! ¡Te lo juro que se acabó! ¡Puedes creérmelo!

¡Ahora sí que la separación es para siempre! *(Clarita ha salido con Titín durante este diálogo.)*

FEDER. ¡Sí, sí! ¡Que locos sois! ¡Qué locos! ¡Cómo destrozáis vuestra vida! ¡Cómo estáis educando a vuestro hijo!

EUGE. Eso sí. ¿Cómo quieres que se eduque con esa madre? El chico no me respeta. ¿Cómo va a respetarme? No me quiere tampoco. ¿Cómo va a quererme? Y eso es lo que no puede ser y lo que yo no puedo tolerar. Por eso vengo a pedirte un favor. Mi mujer se ha ido de casa.

FEDER. ¡Qué locura!

EUGE. Y yo me voy también.

FEDER. Ya estáis de acuerdo en algo.

EUGE. Cada uno por su lado.

FEDER. Y ¿qué lado es el tuyo, vamos a ver?

EUGE. Yo salgo esta noche para Bilbao a liquidar los asuntos que tengo allí pendientes, para irme al extranjero con mi hijo.

FEDER. ¡Así! ¡Grandes resoluciones!

EUGE. No lo sabes tú bien.

FEDER. Ahora que está bonito el extranjero para viajar.

EUGE. El infierno será para mí un paraíso.

FEDER. Y tu mujer, ¿adónde ha ido?

EUGE. No lo sé, ni me importa.

FEDER. Pues debes averiguarlo, no haga el demonio que vayas a encontrarte con ella.

EUGE. Si lo sé. Con su hermana Julia, que siempre está de su parte. Desde que tuve la desgracia de perder a mi suegra...; porque, ¡asómbrate!, para mí fué una desgracia. Mi suegra era la única persona razonable de la familia.

FEDER. Todo en tu vida es extraordinario..

EUGE. Mi suegro, en cambio, es un botarate. Y mis cuñadas, ya las conoces. Como todas las solteronas, y feas, por añadidura. La única guapa era mi mujer, por mi desgracia; debía de

haber sido también fea, como sus hermanas, y solterona.

FEDER. Eso, sobre todo.

EUGE. ¿Pero es que no vas a tomarme en serio? ¿Tú crees que lo que me sucede es cosa de risa?

FEDER. Para ti, no; pero para los espectadores, como conocemos el final de la tragedia...

EUGE. ¡Ah!... ¡No!... ¡Ahora, no!... ¡Basta ya!... ¡Basta!... Yo esperaba que mi mujer pudiera corregirse con los años.

FEDER. Con los años. Pero si no dejáis pasar un día sin una de esas tormentas. Si yo creo que no podéis vivir de otro modo. Con franqueza, Eugenio: sois tal para cual. Dos chiquillos mal criados por vuestros padres, y por la vida, que os ha mimado mucho también. Como nada os falta, como no tenéis que pensar en nada serio...; es decir, debíais pensar en vuestro hijo, porque, en fin, si estos disgustos, si estas continuas reyertas, tuvieran algún fundamento...

EUGE. Pues eso es lo triste, lo intolerable.

FEDER. No; eso es lo ridículo, lo que os quita la razón a uno y a otro, y una razón contra otra razón puede ser una tragedia, como tú dices; pero una sinrazón contra otra es siempre un sainete. Por eso no te indignes conmigo si sólo me ves serio para aconsejarte como un buen amigo tuyo y de tu mujer, aunque ella no lo crea, por culpa tuya. ¡Como que por ti he tenido que intervenir siempre en vuestras desavenencias, y es un papel tan poco airoso!...

EUGE. Bueno; ahora no pido consejos, ni reflexiones, que agradezco; pero te aseguro que hoy he llegado a la desesperación, y estoy decidido a todo. Ya te dije que me iba de Madrid. Volveré en seguida para recoger a mi hijo.

FEDER. Está bien.

EUGE. Pero mi hijo se queda aquí, en tu casa, contigo.

Es el favor que vas a hacerme. No me digas que no. Mi hijo no vuelve con esa mujer.

FEDER. ¿Estás loco? ¿Y ahora no va a saber dónde está su hijo?

EUGE. No; no sabe nada. No lo sabrá.

FEDER. ¿Pero no comprendes que es inicuo? ¿Con qué derecho vas a separarla de su hijo? ¿No ves a lo que te expones?

EUGE. No me importa. Me importa mi hijo, su educación, su porvenir.

FEDER. Pero yo no voy a hacerme cómplice de ese secuestro; porque eso es un secuestro.

EUGE. Es por dos días, Federico; yo te lo suplico; hazme ese favor. Ya sé que es una molestia, un engorro, que el chico está muy mal criado; pero yo no tengo a quién confiárselo más que a ti. La mecanógrafa parece una buena muchacha; ya ves cómo lo ha callado. Ella puede cuidarle, si es que a ti te molesta. Es por dos días, Federico, por dos días.

FEDER. Pero... hombre, hombre.

EUGE. Es mi tranquilidad, Federico.

FEDER. Pero ¿qué va a decir tu mujer?; y el niño, ¿tú crees que va a acostumbrarse en cuanto se vea aquí solo?

EUGE. ¡No lo creas! Estará encantado sin nosotros.

FEDER. Pero ¿no te avergüenzas de decirlo? Sin sus padres...

EUGE. ¡Qué quieres!, es la verdad. Todos los hijos ganarían con cambiar de padres.

FEDER. Pero hombre... Paso por la locura de dejar así a tu hijo en una casa extraña; pero en esta casa... ¿No tienes a quién confiárselo mejor que a mí, a un soltero? Aquí no puede estar bien atendido, yo no tengo costumbre...

EUGE. Por eso, Federico, por eso. Aquí no oirá discusiones ni peloteras.

FEDER. Eso no.

EUGE. Cualquiera se fía de matrimonios.

FEDER. ¿Y si llora?, ¿y si enferma?

EUGE. Es muy sano. Yo sé que Clarita le cuidará muy bien; es una buena muchacha.

FEDER. Pero yo no sé si tampoco está acostumbrada a chicos, y yo no sé...

EUGE. Es por dos días, y si te molesta demasiado, dejo a tu discreción...

FEDER. Quieres que yo sea el que avise a tu mujer que yo tengo el chico, y que ella crea una vez más que yo estoy de acuerdo contigo.

EUGE. No, a mi mujer no la dices nada, ¡de ningún modo! Si el chico te molesta demasiado, me pones un telegrama, que no recibiré, porque estaré ya en camino.

FEDER. Entonces no pondré contestación pagada.

EUGE. No sabes cuánto te lo agradezco. Eres mi único amigo.

FEDER. Pues cree que, en esta ocasión, lo deploro.

EUGE. No, Federico. ¡Adiós, hasta la vuelta!

FEDER. Pero oye, ¿es que te vas? ¿Es que es en serio? ¡Ah, no, no! Yo no creía que fuera de veras. Llévate al niño.

EUGE. No, Federico. Es por su bien. No me niegues este favor, por lo que más quieras. Piensa lo que significas para mí cuando te confío a mi hijo.

FEDER. Sí, sí; pero comprende que...

EUGE. Lo comprendo todo. Sé lo que vale tu amistad, sé lo que haces por mí. ¡Todo! Gracias, Federico, gracias. No me despido. ¡Gracias! *(Sale.)*

ESCENA III

FEDERICO; después un CRIADO; más tarde CLARITA.

FEDER. Bueno, bueno. *(Toca un timbre y sale el Criado.)*

CRIADO. ¿Qué manda el señor?

FEDER. ¿Qué iba yo a decir? ¡Ah! Sí. Avise usted a la señorita Clara, que venga con el niño si no llora; aunque llore, que venga. *(Sale el Criado y poco después entra Clarita con Titín.)*

FEDER. Bueno, bueno...

CLARITA. ¿Me llamaba usted?

FEDER. Sí. ¿Se ha callado? ¡Menos mal!

CLARITA. Sí; está muy contento. Le he dado unas pastas, le he llevado a ver el gato.

FEDER. ¡Menos mal! Es guapo el chico.

CLARITA. Muy guapo.

FEDER. Sí, pues no sabe usted. Su padre...

CLARITA. ¿Han tenido otro disgusto?

FEDER. Sí; tenemos disgusto. No sabe usted. Su padre se va de Madrid; vuelve pronto, pero se va, se ha ido. Y la mamá del niño se ha ido también.

CLARITA. ¿Y ha dejado al niño?

FEDER. Me han dejado al niño, ¡nos lo han dejado!, por dos días dice su padre, dos días. No tengo que decirle a usted que durante estos días la necesito a usted.

CLARITA. Don Federico; ya sabe usted...

FEDER. Sí; veremos cómo salimos de esta. ¡Con tal que no se ponga malo!

CLARITA. No creo.

FEDER. Yo no sé. No puedo estar siempre en casa; de los criados, no me fío. La necesito a usted. Hágame usted el favor de venir un poco más temprano, y de irse un poco más tarde, y estos dos días, ¡gracias a que son dos días!, almuerza usted y come usted aquí, y no me atrevo a decir que duerma usted aquí, no me atrevo, claro está. Perdóne.

CLARITA. Nada, don Federico. Yo estaré aquí todo el tiempo que pueda. Vendré temprano, almorzaré aquí con el niño, comeré, le dejaré acostado, y en cuanto se duerma, me iré como siempre. Como será un poco tarde, vendrá mi hermanillo a buscarme.

FEDER. No; que la lleve a usted el auto, y que la traiga también, y salga usted a paseo con el niño por las tardes; hay que pasearle. Y... ¿qué tendrá costumbre de comer? Rico, Titín; te llamas Titín, ¿verdad? Valentín como su abuelo; pero sus papás le llaman Titín, ¿verdad? Vaya, no llora, ¡menos mal! Oye, Titín...

TITÍN. ¿Y mi papá? ¿Dónde está mi papá?

FEDER. ¡Ahora es ella, si echa de menos a su padre! Tu papá vuelve en seguida.

TITÍN. ¡No quiero!

FEDER. No quiere. ¡Menos mal! Tenía razón su padre. Oye, Titín, ¿qué te gusta a ti comer?

TITÍN. Natillas, yemas de coco...

FEDER. ¿Y qué más? Eso son postres. ¿Qué comías en tu casa?

TITÍN. Filetes, patatas, chuletas...

FEDER. Bueno; ya oye usted.

TITÍN. *(A Clarita.)* Cuéntame otro cuento.

CLARITA. Sí, rico, sí; en seguida.

FEDER. ¿Le ha contado usted un cuento?

CLARITA. Ya ve usted, sin saber, lo primero que se me ha ocurrido. A mí nunca me han contado cuentos.

TITÍN. Cuéntame un cuento.

FEDER. Cuéntele usted alguno.

CLARITA. ¡Por Dios!

FEDER. Yo tenía que salir; pero me da no sé qué dejarla a usted sola con el chico. Si le da a usted guerra...

CLARITA. No. ¿Verdad que eres muy bueno? Los chicos son como son con ellos. Yo oigo muchas veces decir a algunas madres: ¡Qué chico este más malo, es un castigo!, y no es castigo; casi siempre es justicia.

FEDER. Tiene usted razón, y en este caso lo sería más que nunca. Ya ve usted lo conforme que está; ni se acuerda de sus padres. ¿Te gusta esta casa?

TITÍN. Sí.

FEDER. ¿Te gusta quedarte aquí?

TITÍN. Sí; quiero quedarme con ésta.

FEDER. Señorita, se dice. Señorita Clarita.

CLARITA. Clarita, que va a quererle mucho, y él va a ser muy bueno. A mí me ha dicho un pajarito que eres muy bueno.

TITÍN. No soy bueno. Mamá dice que no soy bueno.

CLARITA. Sí; te lo dirá para que seas mejor.

TITÍN. Dice que soy como papá.

FEDER. Ya oye usted.

CLARITA. No; si tu papá es muy bueno.

TITÍN. No; mamá dice que es muy malo. Que es como el abuelo.

FEDER. También el pobre abuelo. ¡Vaya por Dios!

CLARITA. ¡Qué cosas se oyen! ¡Qué vida!

FEDER. ¡Ya, ya! Luego le dicen a uno que por qué no se casa.

CLARITA. Eso digo yo.

FEDER. No, Clarita; no se case usted.

CLARITA. Pues ¿por qué cree usted que he trabajado yo toda mi vida y trabajaré mientras pueda, sea como sea? Porque me ha asustado siempre el matrimonio, los matrimonios que se ven por el mundo. ¡Qué desgracia! Porque no crea us-

ted que el de su amigo de usted es algo excepcional.

FEDER. Ya sé que no. Los hay peores. Aquí siquiera todo es mal carácter, mala educación...

CLARITA. Sí; pero mire usted: el niño parece que no se entera, y nos está escuchando. Es un error creer que los niños no comprenden. Comprenden demasiado pronto. Es la equivocación de los mayores, y ¡qué hondas son las impresiones que se reciben de niño, y cómo influyen para toda la vida!

FEDER. Veo que se interesa usted por los niños.

CLARITA. Siempre. La carrera de maestra era mi vocación.

FEDER. Es verdad. Me lo dijeron cuando me la recomendaron a usted. No recordaba.

CLARITA. Tuve que dejarlo porque era preciso atender a mi casa. Urgía ganarse la vida. No este usted impaciente; puede usted irse cuando quiera; yo esperaré hasta que se duerma.

FEDER. Sí; pero hay que disponer dónde se le acuesta. Antes tendrá que tomar algo.

CLARITA. Descuide usted: yo me encargo de todo. No se preocupe usted. Avise a los criados para que sepan... Yo me cuidaré de todo.

FEDER. Muchísimas gracias. Usted perdone. Ya veo que la molestia no será para mí.

CLARITA. Para mí, ninguna.

FEDER. Es por dos días. *(Vuelve a llamar y a salir el Criado. Al Criado.)* El niño estará aquí unos días. La señorita Clarita dispondrá lo que haga falta; atiéndanla ustedes en todo lo que necesite.

CRIADO. Está muy bien. *(Sale.)*

FEDER. La cocinera refunfuñará un poco; no le haga usted caso.

CLARITA. No dirá nada.

FEDER. Bueno; se me ha hecho tarde. *(A Clarita.)*

Clarita, no sé cómo agradecer... *(A Titín.)* Te quedas con esta señorita. No darás guerra. ¿Vas a ser muy bueno?

CLARITA. Muy bueno. Si él es muy bueno.

TITÍN. Cuéntame un cuento.

FEDER. Cuéntele usted un cuento, y siento no oirlo.

CLARITA. Pues sí que será gracioso.

FEDER. Si supiera usted que a mí me divierten los cuentos.

CLARITA. Todos somos siempre algo niños, y si supiéramos serlo siempre...

FEDER. Es verdad. Hasta mañana, Clarita; ya me dirá usted cómo se porta el huésped. Adiós, Titín; que seas bueno.

CLARITA. Muy bueno, ya verá usted. No tenga usted cuidado.

FEDER. No; ya no lo tengo; ya veo que tiene usted ángel para los chicos. Hasta mañana. *(Sale.)*

CLARITA. Hasta mañana, don Federico. *(A Titín.)* Ahora vamos a ver dónde le ponemos una camita al niño. Vas a dormir aquí; verás qué bien; una camita muy bonita, toda dorada, con su colcha de color de rosa, y antes de acostarte vas a comer una cosa muy rica, y luego te contaré un cuento, y luego te acuesto y vas a dormir muy bien, y antes de dormir vamos a rezar para que seas bueno y todos seamos buenos.

TITÍN. ¿Papá y el abuelo también?

CLARITA. Esos ya son buenos. Los papás y los abuelos siempre son buenos.

TITÍN. Y ¿qué hay que hacer para ser bueno?

CLARITA. Pues ser como tú eres ahora. No llorar, no ser malo, decir que todos son buenos, querer a todos mucho.

TITÍN. ¿Tú eres buena?

CLARITA. ¡Ay, no sé, hijo mío! Nadie sabe de uno mis-

mo. ¿Qué te parece a ti? ¿Soy yo buena? No me dices nada; pero me miro y me parezco bien al mirarme en tus ojos. Dame un beso.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA I

FEDERICO y ANTONIO. Antonio escribe a máquina.

FEDER. *(Repasando una carta.)* ¡No; esto no es lo que yo le he dicho a usted! ¡De ninguna manera!

ANTO. Usted dirá; vea usted la nota.

FEDER. No; vea usted...

ANTO. ¡No sabré yo leer!

FEDER. Mire usted, Antonio, estamos muy nerviosos, y mejor es que lo dejemos por hoy.

ANTO. Opino lo mismo; está usted muy nervioso.

FEDER. Sí, es verdad: muy nervioso. Puede usted retirarse.

ANTO. Si no manda usted otra cosa, muy buenas tardes. *(Sale. Federico llama, y entra el Criado.)*

FEDER. ¿Qué hace la señorita Clara? ¿Está con el niño?

CRIADO. Sí, señor; con el niño, que hoy está muy fastidioso.

FEDER. ¡Hoy estamos todos fastidiosos. Quisiera yo

saber por qué les fastidia a ustedes el niño, ¡a ustedes! Que lo dijera la señorita Clara, que es quien trajina con él, quien le cuida, ¡la única! Porque ustedes...

CRIADO. Yo, señor, no es de mi incumbencia.

FEDER. Está bien; no vamos a discutir. Diga usted a la señorita Clara que haga el favor de venir, aunque sea con el niño, si no puede dejarlo.

CRIADO. Está bien. Le advierto al señor que la María ha dicho que se despide.

FEDER. Y por el niño también, por el niño... ¡Es un encanto!

CRIADO. El señor no sabe el trabajo que da una criatura pequeña.

FEDER. ¡Enorme! ¡Lástima que no tuvieran ustedes media docena propios!

CRIADO. Yo no he dado motivo al señor para que me trate de ese modo. De un servidor no puede tener queja el señor.

FEDER. Está bien. Llame usted a la señorita Clara.

ESCENA II

FEDERICO y CLARITA.

CLARITA. ¿Me llamaba usted?
FEDER. Sí. Usted perdone. ¿Y el niño? ¿Ha podido usted dejarlo?
CLARITA. Sí; le he dejado entretenido con los juguetes que le trajo usted ayer.
FEDER. Hoy creo que está insoportable.
CLARITA. Un poco fastidioso; hay que tener paciencia.
FEDER. Ya la estará a usted fastidiando. Y decía su padre que era por dos días y ya van cuatro y su padre sin venir y sin decir nada. ¡Es inaudito! Yo avisaría a su madre; pero ya sería peor: creería que este secuestro del chico era cosa convenida por mí con su marido. ¡Ya me tiene bastante entre ojos! Pero qué modo de trastornarle a uno la vida por mi carácter. Digo: no hay carácter que valga cuando se da con gente como estos padres tan despreocupados, tan frescos... ¡Mire usted que no haber puesto ni una carta a estas horas, ni un telegrama! ¡No decir si viene o no viene!
CLARITA. Sí que es despreocupación.
FEDER. ¡Le digo a usted! Yo no puedo llamarme viejo; pero estoy educado a la antigua, y estas libertades, esta despreocupación con que se tratan ahora las gentes unas a otras, no, no puedo acostumbrarme. Es como el *jaz-band* y el *foot-baall*, que, crea usted, son algo simbólico de los tiempos: estridencias y patadas. ¡Así va el mundo!
CLARITA. ¡Y pobre del que no se ponga a tono!...
FEDER. Vamos a ver. Hágame usted el favor. Quisiera dejar hoy despachadas esas cartas y esos escritos; Antonio me ha puesto nervioso. ¡Otro

del tiempo! Displicente, desabrido para el trabajo, en espera de la gran revolución social, que le dejará tan torpe, tan bruto y tan desagradable. Porque yo no digo que algún día yo no pudiera estar en ese sitio escribiendo, y él en éste dictándome, aunque no sé yo lo que pudiera dictarme; pero por mucho que él gozara humillándome y pensando: "¡Ah, burgueste explotador, ya eres mío!", no sabe él que siempre pensaría yo más fuerte: "¡Pero qué bruto eres! ¡Qué bruto!"

CLARITA. ¿Me hará usted el favor de creer que cuando yo estoy en este sitio no pienso como él que es usted el burgués explotador?

FEDER. No creo serlo, y sé que usted no lo cree tampoco; ni por estar usted en ese sitio y yo en éste me creo superior a usted.

CLARITA. Eso, no. Yo sólo pongo en mi trabajo buena voluntad, honradez.

FEDER. ¿Y eso es poco? Cuando se trabaja con buena voluntad, con honradez, como usted dice, no puede haber nunca superiores ni inferiores, ni puede decirse quién sirve a quién entre el que manda y el que obedece.

CLARITA. ¿Es ésta la nota?

FEDER. Sí, ésta. Antonio en estos días me ha perturbado todo el trabajo. ¡Qué diferencia!

CLARITA. Muchas gracias.

FEDER. Tampoco yo he trabajado nada. Es que el chico, aunque no se quiera, es una pesadilla, una preocupación. ¿En qué estaría yo pensando cuando me dejé convencer? No, no fué convencer; fué un atraco. ¡Ahí queda eso, y anda con Dios! ¡Qué padres, qué padres! No tengo la cabeza para nada.

CLARITA. Calle usted.

FEDER. ¿Qué pasa?

CLARITA. ¿Oye usted al niño? Algo le ha pasado; voy corriendo. *(Sale Clarita muy de prisa.)*

FEDER. En cuanto le ha dejado usted, por culpa mía. *(Vuelve Clarita con Titín llorando.)* ¿Qué es? ¿Qué ha sido?

CLARITA. ¡Calla, calla! No es nada; que se había subido a una silla a alcanzar no sé qué, entró Pepe de pronto y le asustó.

FEDER. Sí, ellos habían de ser.

CLARITA. ¡Calla, precioso, calla! ¡Si no ha sido nada!

TITÍN. ¡Bruto, animal!

CLARITA. No, Titín, nadie te ha hecho nada; has sido tú.

TITÍN. Me ha pegado. ¡Bruto, animal!

CLARITA. No es verdad; nadie te ha pegado. No mientas, que es muy feo. Vamos, ven conmigo; no incomodes a don Federico.

TITÍN. No quiero ir contigo. Déjame. No te quiero.

CLARITA. ¿No me quieres? ¿Ya no me quieres?

TITÍN. No te quiero. Déjame. Quiero irme a casa.

CLARITA. Vamos, Titín; si eras tan bueno, ¿vas a echarlo a perder?

FEDER. Era mucho pedir.

TITÍN. ¡Déjame, quita!

FEDER. ¿Qué es eso? Vamos a ver, Titín. ¿Le ha levantado a usted la mano?

CLARITA. No, no. ¿Verdad que no?

FEDER. Sí; le ha pegado a usted. ¡Cuidadito!

TITÍN. ¡Ay, ay!

CLARITA. ¡No por Dios!

FEDER. ¡Es intolerable! Ahora mismo le llevo con su madre. ¡No faltaba más!

CLARITA. ¡No, por Dios, no se incomode usted! ¡Pues si los chicos siempre estuvieran graciosos y quietos!... ¡Cómo se ve que no está usted acostumbrado a ellos!

FEDER. Claro que no.

CLARITA. ¿Ves? Don Federico se ha enfadado mucho. Mira, oye no llores. Van a creer que eres malo. y yo sé que eres muy bueno. *(Entra el Criado.)*

CRIADO. Con permiso. Esta carta.

FEDER. ¡Hombre! De su padre. ¡Muy bien! Al cabo de

cuatro días una carta. Vamos a ver. *(Después de leerla.)* ¡Oh! ¡Inaudito! ¡No!, pues esto no.

CLARITA. ¿Malas noticias?

FEDER. ¡Calle usted! ¡Desahogo semejante! Que su mujer salió para Bilbao a buscarle, creyendo, es natural, que se había llevado al chico; que del disgusto está enferma y tiene que quedarse allí hasta sabe Dios cuándo. No dice cuándo. Que su mujer está más tranquila sabiendo que el niño está aquí. Menos mal que le ha dado por ahí. Y nada más. ¡Vamos, si le digo a usted que es para tomar el tren o facturarles el chico! Pero ¿no comprenden el trastorno, la responsabilidad que es para mí? Usted lo sabe; yo no he podido hacer nada en estos días, y gracias a usted; pero eso es también una preocupación para mí: usted se molesta, falta usted a su casa, usted no hace otra cosa que atender al chico, y cuando falta usted, yo no vivo; si salgo por las noches, como de costumbre, estoy violento; duermo intranquilo; me parece que le oigo llorar; despierto a los criados, que están insoportables. La cocinera, ya sabe usted que se ha despedido...

CLARITA. Sí, eso dice. No haga usted caso, ya la convenceremos.

FEDER. A todo el mundo le molestan los chicos menos a usted.

CLARITA. A mí también; pero tengo paciencia, me hago cargo, el mismo cargo que hay que hacerse con los grandes cuando molestan más que los chicos, ¿no lo cree usted?, y sin compensación, porque un niño, sólo con verle contento, sólo con verle reír, ya lo compensa todo, y Titín va a ser muy bueno, porque sabe que usted le quiere y yo también, y cuando vengan su papá y su mamá, les diremos que ha sido muy bueno. Mira, ahora vas a estar aquí, quietecito, mientras yo escribo.

FEDER. ¡No, por Dios! ¡No escriba usted!, lo dejaremos. Atiéndale usted, que no llore, que no rabie; sobre todo, que no se ponga malo, ¡no quiero pensarlo!, y que vuelvan pronto sus solícitos padres. Pero ¿por qué se casarán los que no saben ser padres? Ya ve usted, no es mío el chico, y, usted lo ve, desde que está aquí yo no vivo; todos los cuidados me parecen pocos, y sus padres estarán tan tranquilos.

CLARITA. Es una prueba de confianza, que debe usted agradecerles.

FEDER. Si fuera eso. ¿Pero usted cree que ellos se figuran que el chico está atendido de este modo? Si no lo estuviera, le daría lo mismo. ¿Saben ellos que una persona como usted, se desvela, se desvive por su hijo? *(Entra el Criado.)*

CRIADO. Con permiso. La señorita Leonor pregunta por el señor.

FEDER. ¿La señorita Leonor? ¡Qué ocurrencia!

CRIADO. Sabe que está el señor en casa; por eso no he podido decir que no sabía si estaba usted.

FEDER. Que pase, que pase. *(Sale el Criado. A Clarita.)* Perdone usted, Clarita.

CLARITA. No faltaba más. Vamos, Titín: ven a merendar; da un beso a don Federico, que te quiere mucho.

FEDER. Para el caso, como si le quisiera.

CLARITA. Ahora le parece a usted mentira; pero el día en que vuelvan sus padres y se lo lleven, le echará usted de menos.

FEDER. Es posible; pero ahora, créalo usted, no veo la hora de verme tranquilo, y, ¡gracias a usted!, ¡gracias a usted! *(Sale Clara y Titín en el momento de aparecer Leonor en la escena.)*

ESCENA III

FEDERICO y LEONOR.

LEONOR. ¡Qué novedades!
FEDER. ¿Novedades?
LEONOR. No, a la mecanógrafa con honores de secretaria ya la conozco, la conozco demasiado; está aceptada como algo irremediable.
FEDER. ¡No digas tonterías! Te he jurado y perjurado, y tú lo sabes, y no insistas, porque me molestas.
LEONOR. ¡Qué tono!
FEDER. Sí, me molesta que nadie pueda pensar lo que yo no he pensado nunca, lo que ni se me ha pasado siquiera por la imaginacióón. Es una estupidez muy española esa de creer que entre un hombre y una mujer no puede haber más que relaciones maliciosas.
LEONOR. Es que como eso es lo más español entre hombres y mujeres; como no estamos en los Estados Unidos, ni en Inglaterra, en esos países adelantados, donde, entre paréntesis, sucede lo mismo que aquí, sólo que no se enteran, o no quieren enterarse. Pero no te sulfures, porque no son celos, no es mi cuerda. Nos conocemos hace mucho tiempo para molestarnos ahora con celos...
FEDER. Nos tratamos hace mucho tiempo. ¡Conocernos! Nadie conoce a nadie; tú me lo demuestras.
LEONOR. Me dirás que no conozco a los hombres.
FEDER. Como yo a las mujeres. ¡Ilusiones!
LEONOR. Los hombres no, los hombres nunca nos conocen.
FEDER. Pues es un triste privilegio vuestro, que no debéis agradecer; que os amen y que no os co-

nozcan; es decir, que no les importa conoceros. A mí no me halagaría que me quisiera nadie sin conocerme, y si me quieren creyéndome distinto de lo que soy, ni lo estimo, ni lo agradezco.

LEONOR. Yo por mi parte te conozco bien. Sé que eres todo un caballero.

FEDER. Sí, ya se ve; me crees capaz de ser el seductor de una pobre muchacha que se gana la vida a mi servicio, con su trabajo honrado.

LEONOR. ¡El seductor! ¡No tanto! ¡Ni qué tiene que ver eso con la caballerosidad!

FEDER. ¡Muy bien! ¡Ya veo que me conoces !

LEONOR. ¡Si no conoceré yo a los hombres!

FEDER. En plural, acaso.

LEONOR. Bueno; de acuerdo en que te molesta que te hablen de la mecanógrafa, y a mí no me gusta molestar, no cultivo ese *sport;* pero oye, ¿cómo es que no vienes por casa? Todos preguntan por ti.

FEDER. Ya te lo dije. Ya sabes la novedad.

LEONOR. ¿La del niño de tu amigo Eugenio? ¿Pero de veras es ése el motivo? ¡Qué gracioso! ¡Vamos, Federico, yo nunca había creído que me tuvieras por tonta!

FEDER. Pues, créelo o no lo creas, ya has visto al niño, ya sabes que está aquí.

LEONOR. Pero no es un motivo para que no salgas de casa por las noches; para que no vayas a la partida; para que no vayas ninguna tarde, como antes; para que me recibas así; para que estés tan nervioso, tan... ¿qué sé yo? Todo por el niño. ¡Vamos, vamos! La historia es muy complicada.

FEDER. Como tú quieras. Capitulo primero. ¡Pero qué afán de no creer nunca lo más sencillo, lo natural, lo verosímil!

LEONOR. No; lo verosímil, no. Lo verosímil no es que un matrimonio desaparezca de Madrid de la

noche a la mañana, y le dejen el chico a un amigo soltero, sin personas de respetabilidad en su casa.

FEDER. Como tú no conoces a Eugenio ni a su mujer; como no sabes que están peleados con toda su familia; que no tienen más amigo que yo. Además, su mujer no sabía que el niño estaba aquí. Ahora sí lo sabe; pero están en Bilbao; ella está enferma; no pueden venir tan pronto.

LEONOR. ¡Qué embrollo! ¡Y que los hijos con nadie están mejor que con sus padres!

FEDER. Esa es mi opinión.

LEONOR. Por eso tú te has hecho cargo del chico.

FEDER. Pero... ¿qué quieres decir?

LEONOR. Nada, nada; no vaya a molestarte como lo de la mecanógrafa. La mujer de un amigo íntimo, tu caballerosidad. ¡No, por Dios!; pero confiesa que por mucho que los amigos no queramos darnos por enterados, si tú disimulas tan mal...

FEDER. Ni mal ni bien. y si sólo has venido para eso...

LEONOR. ¿Para qué?

FEDER. Para desmerecer conmigo; que..., acaso no lo sepas, como no sabes nada de mí, por lo visto, te estimaba como una mujer casi excepcional.

LEONOR. Pues si el serlo consiste en no ver lo que ve todo el mundo...

FEDER. No digas que lo ve todo el mundo. Nadie ha podido verlo, nadie puede creerlo. El mundo no es tu casa, por fortuna; pero yo creía que tú eras muy superior a esa gente que te rodea: hombres necios, desocupados, maldicientes, y mujeres interesadas en que todos tengan por qué callar para que no hablen de ellas.

LEONOR. Yo no trato con otra gente, ¿verdad? Pues hasta hace dos días te encontrabas muy a gusto entre nosotros; tú lo decías. Vaya, Federico, si los hombres... Es la mejor condición que tenéis: que no sabéis fingir.

FEDER. Y darle con querer pasarnos de listos. Si eres tú, sólo tú, la que en un momento me hace ver claramente la vaciedad de esa vida en que toma uno por afectos lo que es sólo costumbre de verse; pero llega un día como hoy en que me encuentro para ti tan desconocido como si no nos hubiéramos tratado nunca. Me crees capaz de engaños impropios de mi carácter, y tú debías saberlo.

LEONOR. Pero cualquiera diría que yo te acuso de algún crimen. Si nadie va a dejar de saludarte por eso.

FEDER. Ya lo sé; al contrario, pondrán una efusión en el saludo, una efusión admirativa, y a ti misma te halaga pensar que yo pueda ser un seductor. Pues nada de eso: soy un hombre insignificante, un hombre vulgar, aunque yo creo que es más vulgar lo otro, lo que tú piensas de mí, porque conoces a los hombres.

LEONOR. No; ya veo que no te conozco. Pero entonces haz el favor de explicarme con claridad el motivo de tu alejamiento. ¿Es que te has pasado las noches velando al niño?, ¿es que no has salido para nada de casa en estos días?

FEDER. Si he salido, claro está; pero no estaba para ver a nadie: era una inquietud, una preocupación...; figúrate, si el niño le hubiera ocurrido algo...

LEONOR. Sí, sí.

FEDER. Tienes razón; no puedo explicártelo; es algo íntimo, muy íntimo. Yo sé que en estos días he pensado como no había pensado nunca. Es decir, sí, como había pensado muchas veces; pero sin pararme a pensarlo, con miedo de pensarlo. ¡Si yo te dijera que yo no me he casado por miedo!

LEONOR. ¿Por miedo? Por egoísmo, como todos los hombres que no se casan.

FEDER. Sí, tal vez egoísmo; porque era miedo a que-

rer demasiado a mi mujer, a mis hijos. Yo no hubiera vivido. Acaso hubiera sido un atormentador de los míos por exceso de cariño, por temor de todo lo que pudiera ser un mal para ellos; y un cariño así llega a ser como una rabia de querer que hasta puede parecer odio.

LEONOR. ¡Y todo eso lo has pensado en dos días, porque te traen un chico a tu casa!

FEDER. Un niño, sí. ¡Qué importancia tiene un niño!, ¿verdad? Pero ¡qué gran maestro puede ser un niño para el que, como yo, ha tenido que educación a sí mismo, porque me educaron muy mal, como a casi todos los hijos casi todos los padres!

LEONOR. ¡Para lo que sirve la educación en la vida! ¡Lo que yo hubiera dado muchas veces por no tenerla! ¡Porque hay que ver lo que se calla una muchas veces por educación! Pero, vamos a ver, Federiquillo; franquéate, hombre, franquéate: ¿vas a decirme que en todo eso que te ha dado que pensar esa criatura no hay mucho más de lo que tú dices? ¿Por qué se ha separado ese matrimonio? ¿Por qué está aquí el niño?

FEDER. No, no pienses en eso. ¿Lo ves? No sabes de mí: nos hemos querido sin conocernos, me has querido sin estimarme. Cuando hablo con el corazón, como ahora, me oyes como a un extraño, buscas una explicación verosímil. *(Entra el Criado.)*

CRIADO. ¿Da el señor su permiso?

FEDER. ¿Qué ocurre?

CRIADO. La señorita Clara, que el niño se ha puesto malo.

FEDER. Esto nos faltaba. Que venga la señorita Clara. *(Sale el Criado. A Leonor.)* Perdona.

LEONOR. No; perdona tú, y te dejo. Estás deseando quedarte solo; no estás para nada. No te discul-

pes. Cuando tú quieras; supongo que buenos amigos siempre.

FEDER. Sí, sí, yo iré por tu casa.

LEONOR. Y si me necesitas a tu lado, yo soy de confianza, aunque tú no la tengas conmigo. ¡Qué Federico! *(Sale.)*

ESCENA IV

FEDERICO y CLARITA.

FEDER. ¿Qué es eso? ¿Qué sucede? ¿Qué tiene el niño?
CLARITA. No sé, estaba jugando. De pronto empezó a decir que le dolía la cabeza; está muy caidito; le he acostado; tiene algo de calentura.
FEDER. Que avisen al médico en seguida. ¿Usted cree?...
CLARITA. No creo que sea nada; en los niños cualquier cosa asusta.
FEDER. ¡Esto nos faltaba! ¡Y esos padres tan tranquilos! Y esta noche yo agradeceré a usted que avise a su madre para que venga aquí y la acompañe a usted porque yo no me fío de los criados y yo solo, no sé, no me atrevo.
CLARITA. Mi madre está muy delicada; no podría pasar una mala noche; pero no se apure usted, no necesito a nadie; yo me quedaré sola.
FEDER. ¡Gracias, muchas gracias! No sabe usted cuánto le agradezco esa confianza, esa seguridad.
CLARITA. ¡Por Dios, don Federico! No valdría la pena de haberle tratado a usted tanto tiempo si no la tuviera.
FEDER. Hay quien nos trata toda la vida y no nos conoce.
CLARITA. Y no debe importarnos. Si lo que no conocen es lo mejor que hay en nosotros, es porque no merecen conocerlo. Voy con el niño.
FEDER. Sí; vamos, vamos.
CLARITA. No será nada.

FEDER. ¡Y esos padres!

CLARITA. Ya ve usted. El niño ni se acuerda de ellos. Los niños tienen un sentimiento muy claro de la justicia.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores.

ESCENA I

FEDERICO y TITÍN jugando con una caja de construcciones.

FEDER. Ahora la torre, que no se caiga; mira que bien, ¡precioso!

TITÍN. ¿Es una iglesia?

FEDER. Sí, o un palacio, o un casino. Ahora todo se parece.

TITÍN. Un palacio. Ahora otra casa.

FEDER. ¿Otra casa? ¿Una casita de campo, quieres? Verás qué bonita. ¿A ti te gustaría vivir en el campo, con muchos borreguitos, y palomas, y perros?

TITÍN. Sí, sí; vamos a hacer una casa de campo.

FEDER. Sin torre; muy bajita, un piso nada más.

TITÍN. Así no se cae.

FEDER. Eso es, así no se cae. Mira, ya viene Clarita. ¿Quieres tú mucho a Clarita?

TITÍN. Sí.

FEDER. Te ha cuidado mucho cuando has estado malo, tienes que quererla mucho.

TITÍN. Sí, sí.

ESCENA II

DICHOS y CLARITA.

CLARITA. Con permiso. Ya estoy aquí. ¿He tardado mucho?

FEDER. ¿Y su madre de usted? ¿Está mejor?

CLARITA. Sí; no ha sido nada de cuidado. Hola, Titín, ¿has sido muy bueno?

FEDER. Sí; de veras, muy bueno. Hemos estado jugando.

CLARITA. Ya lo veo, a las construcciones.

FEDER. A edificar para destruir. Un juego de todas las edades y de todos los tiempos.

CLARITA. Vamos, Titín, ven ahora conmigo. Don Federico tiene ahora que hacer, y ya le has fastidiado bastante.

FEDER. No; si viera usted, me ha distraído, se me ha pasado la tarde sin sentir. No comprendo cómo hay gentes para quienes un niño es sólo algo así como un animalito, que divierte cuando está mono, o algo insignificante que no merece más atención que una caricia.

CLARITA. ¿Verdad que los niños son grandes maestros para los que quieren aprender en ellos?

FEDER. Son todo el enigma de la vida, de nuestras almas. Por ellos se puede comprender lo que de verdad hay en nosotros y lo que luego los demás, la educación buena o mala, la vida, en fin, va poniendo hasta convertirse en criaturas de artificio, aptas o incapaces para la vida, y yo, ante un niño, me pregunto siempre: ¿La Naturaleza humana es buena?, ¿es mala? Hay en los niños instintos que desconciertan: crueldades salvajes, unas veces; otras, delicadezas

a las que no llegaría el hombre más depurado en sus sentimientos, por una fe o una creencia sobrehumanas. Los niños nos dicen de la bestia y de Dios al mismo tiempo. ¡Pobre Titín! ¡No sabrá él nunca lo que me ha hecho pensar en estos días! ¿Será verdad, como ha dicho algún sabio, que el hombre es producto de una degeneración, casos de infantilismo en una raza animal, que a expensas de su vigor físico logró mayor inteligencia? Y, entonces, ¿será verdad lo que dijo un poeta—los poetas se anticipan siempre a los sabios—que el niño es el padre del hombre? ¡Me mira usted con asombro!

CLARITA. No; le oigo con interés.

FEDER. Si se tratara de otra mujer, le diría a usted: "Perdone, Clarita, el discursito". A usted ya sé que todo le interesa y todo lo comprende. También Titín me ha hecho conocer a usted mejor.

CLARITA. ¿A mí? ¿Por qué?

FEDER. Siempre estimé a usted mucho; pero de un modo egoísta, soy a usted franco; por lo que a mí se refería, por su formalidad en el trabajo, por su discreción en todo. Yo he tenido desgracia siempre con mis dependientes. ¡He padecido una de botarates!... A pesar de ello, cuantas veces me habían recomendado alguna señorita me resistía a aceptar el ofrecimiento.

CLARITA. Me anticipo a sus razones; he conocido a muchas señoritas que justifican esa desconfianza.

FEDER. ¿No es cierto? Por mucho que quiera, que crea ella misma prescindir de su feminidad, la mujer es siempre mujer.

CLARITA. Concédame usted también que en cualquier situación con respecto a ellas es difícil que el hombre no se acuerde siempre de que es hombre.

FEDER. Evidente; de ahí que al comunicarse, esta ac-

titud sea siempre expectante, en guardia, como si dijéramos: diríase que los dos esperan, ellos mismos no sabrían decir el qué, pero algo de que ellos están persuadidos como inevitable... Tarde o temprano, un día... En usted yo no he advertido nunca esa actitud.

CLARITA. Es que muchas veces, esa actitud expectante, defensiva, como usted dice, de la mujer, es efecto de la actitud impertinente, conquistadora del hombre, que cuando más indiferente quiere mostrarse, ya parece que dice: "¡Te perdono!" Y, ¡válgame Dios!, que estoy muy bachillera. ¡Y pensar que de todo esto hemos hablado por Titín! ¡Pobre inocente!

FEDER. ¡Si él supiera que ahora sentiré que vuelvan sus padres a llevárselo! Sin darme cuenta le he tomado cariño. Mire usted, parece que él lo sabe también. Sí, Titín, te quiero; dame un beso. ¿Me quieres tú a mi?

TITÍN. Sí.

FEDER. ¿Sentirás irte de esta casa?

TITÍN. No quiero irme.

FEDER. ¿Y si viene tu papá a buscarte?

TITÍN. Yo no quiero que venga mi papá.

CLARITA. No; eso, no.

FEDER. El instinto certero de las criaturas. ¡Usted le aducaría tan bien! En tan pocos días parece otro.

CLARITA. No crea usted que no tiene sus ratos malos. Usted no le ve siempre; pero no, no es malo. También yo le he tomado cariño. Y tú, ¿me quieres a mí? ¿Me quieres?

TITÍN. Sí te quiero.

CLARITA. Dame un beso... y otro a... *(Le empuja hacia Federico, y después le retira avergonzada.)*

FEDER. Sí; otro a mí.

CLARITA. Vamos, Titín, vamos. *(A Federico.)* ¿Ha visto usted las cartas?

FEDER. Pero ¿ha tenido usted tiempo de escribirlas?

CLARITA. Sí; vine esta mañana muy temprano. Aquí las tiene usted.
FEDER. Muchas gracias; voy a firmarlas.
CLARITA. Hasta ahora. Vamos, Titín; ven conmigo.

ESCENA III

FEDERICO se queda firmando las cartas, y vuelve a entrar CLARITA.

CLARITA. Usted perdone, don Federico; tengo que decirle algo que no hubiera querido decirle; pero lo ha de saber usted, y prefiero que sea por mí.

FEDER. ¡Me asusta usted! ¿Qué es ello?

CLARITA. No, nada grave. Esta mañana, cuando le dije a usted que si me permitía ir a casa, porque había dejado a mi madre un poco enferma, no era verdad; era que a esa hora había quedado en ir a visitarme una persona, una persona que usted conoce, que antes me había escrito diciéndome que deseaba, que era preciso hablar conmigo, que dónde podría verme. Y yo no sé si hice mal en no decírselo a usted antes, pero prefería saber primero de lo que se trataba; no quería molestar a usted si era alguna insignificancia.

FEDER. ¿Y era?

CLARITA. Esa persona usted ya supone quién puede ser.

FEDER. Supongo. Una mujer: Leonor.

CLARITA. La misma.

FEDER. ¿Y para qué deseaba hablar con usted? No comprendo.

CLARITA. Curiosidad. Deseaba saber por qué estaba en su casa de usted el niño.

FEDER. ¿Y qué le parece a usted? Le habrá dicho a usted lo que ella cree, lo que ella piensa.

CLARITA. Sí.

FEDER. Bueno, y usted que sabe la verdad, porque supongo que usted cree que todo lo que ha visto usted, lo que usted sabe, es la verdad...

CLARITA. No lo he dudado nunca.

FEDER. Entonces se habrá usted reído.

CLARITA. La he tranquilizado.
FEDER. No era preciso. Por lo que a mí respecta, no tengo el menor interés en que se tranquilice.
CLARITA. Ella sí parecía tenerlo.
FEDER. No sé por qué. Cuando yo le explique a usted mi situación con esa señora...
CLARITA. ¡Por Dios, don Federico!, no tiene usted que explicarme nada.
FEDER. ¿Lo sabe usted todo?
CLARITA. Sé lo que he podido saber ahora.
FEDER. Es que yo no sé lo que ella habrá dejado entender a usted. Ante todo, ¿dónde está el niño? No me fío nada de los criados.
CLARITA. Está solito, jugando muy entretenido.
FEDER. Pues verá usted. Esa señora que ha cometido la inconveniencia de preguntar a usted, sí, la inconveniencia, y espero que no haya cometido otras, ¿nada más le ha dicho a usted? ¿Nada más ha preguntado?
CLARITA. Don Federico, de otras cosas que esa señora supone, ni usted ni yo debemos darnos por enterados.
FEDER. Y ante esas suposiciones, le habrá usted contestado como se merecía.
CLARITA. No; todo me ha parecido muy natural en una mujer celosa.
FEDER. Pero si no hay tales celos, si no puede haberlos. No esté usted de pie, Clarita; hágame el favor. Voy a contárselo a usted todo. No es sólo por usted: es por mí; es que hay veces en que necesita uno contar a los demás lo que uno quizá no ha visto tan claro al saberlo para uno solo. ¡Somos tan embusteros con nosotros mismos!
CLARITA. Cuente usted entonces. Conmigo no tiene usted por qué mentir.
FEDER. Ya lo sé, Clarita; ni por qué ser hipócrita. Esa señora es..., ¿qué le diría yo a usted?... Es más fácil decir lo que no es que lo que es.

Le diré a usted entonces que ni es soltera, ni casada, ni viuda. Que no puede decir que yo haya tenido amores con ella, ni que haya dejado de tenerlos; que nunca pensé, naturalmente, en que pudiera casarme con ella, y que tal vez no hubiera sido imposible que algún día me hubiera casado. Con esto le digo a usted que más que afecto, era una costumbre. Esas costumbres que llenan unas horas de nuestra vida un vacío del corazón. Yo, como usted, tuve que trabajar desde muy joven, tuve que atender a mi madre, a mis hermanas; yo no he tenido juventud, si juventud es despreocupación. Después, cuando murió mi madre, cuando mis hermanas se casaron y ya, por fortuna, para nada necesitaban de mí, ya era yo un enamorado de mi trabajo, usted lo sabe. Ya no estaba en edad tampoco de enamorarme como se enamora uno de joven, por cualquier cosa. Tampoco sentía la necesidad de traer a mi casa una mujer que pusiera orden en ella; yo he sido siempre muy ordenado, y mi casa, ya lo ve usted, no está peor arreglada que muchas casas matrimoniales.

CLARITA. No por cierto.

FEDER. Ni tengo yo una idea muy satisfactoria de las mujeres como arregladoras de casas. Un amigo mío que pensaba lo mismo que yo me decía siempre que nada había mejor ordenado ni más limpio que un cuartel, un barco de guerra y un convento de frailes, tres lugares en que las mujeres no entran para nada.

CLARITA. La apreciación no es muy galante; pero si viera usted que yo pienso lo mismo.

FEDER. Además, yo no comprendo que el matrimonio sea una comodidad. La mujer que cuida la casa, que nos soporta el mal humor; eso de que el hogar, como vemos todos los días, sea el respiradero de la mala crianza... Y los españo-

les, que somos tan ceremoniosos cuando estamos de cumplimiento: "A los pies de usted, beso a usted la mano, servidor de usted, a su disposición", ¡qué mal educados somos con las personas de nuestra intimidad! *(Titín ha salido momentos antes, y se ha pegado a las faldas de Clarita.)* ¡Ah, Titín; no le había visto!

CLARITA. Ha entrado muy callandito, y, ya lo ve usted: se ha pegado a mí como un gatito mimoso. Si es que me quiere, ¿verdad? Me quiere.

FEDER. ¿Cómo no ha de quererla a usted?...

TITÍN. Ven conmigo.

CLARITA. Espera, ya vamos.

FEDER. Sí, sí; vaya usted. Ya sabe usted lo que me importaba que usted supiera que nadie tiene derecho a pedir cuentas de mi conducta; que ha sido una impertinencia molestar a usted, y que esa señora, sólo con tener tan pobre concepto de mí, ha desmerecido tanto, tanto... Además, en estos días he podido comprender qué fácil es desprenderse de una viciosa costumbre. Comprenda usted que de un verdadero afecto no se desprende uno tan fácilmente. Eso tengo que agradecerle a Titín. ¡Tengo que agradecerle tantas cosas!...

CLARITA. Titín vino a trastornar un poco su vida de usted; usted lo decía: ¡Hay tantas cosas en nuestra vida que creemos fundamentales y son nada más que eso, usted lo decía también: viciosas costumbres! Vivimos descuidados de nosotros mismos; creemos pensar en nosotros, y es en lo que menos pensamos... ¿Por miedo? ¿Por pereza? ¡Quién sabe! Lo cierto es que nos dejamos llevar por la vida, y llega un día en que la vida puede más que nosotros, y eso no debe ser.

FEDER. No debe ser.

CLARITA. Por eso, aunque al pronto nos contraríe, debemos bendecir todo lo que en un momento de

nuestra vida viene a detenernos, unas veces con una sencilla molestia, otras con una contrariedad, otras con un gran dolor. Todo ello sirve para recogernos en nosotros mismos, para pensar más despacio, más atentos. *(A Titín.)* Sí, ya vamos, ya vamos.

FEDER. Sí, vaya usted con él. ¡Qué felicidad para esta criatura si nunca se separara de usted! ¡Qué madre!..., ¡qué educadora mejor!..., mientras que con sus padres... ¡Triste suerte la suya!

CLARITA. Son jóvenes; ya pensarán de otro modo. Ya les educará la vida.

FEDER. ¿Cuánto daría yo ahora, no lo sabe usted...?

CLARITA. ¿Por qué, don Federico?

FEDER. Porque esa suposición de las gentes fuera cierta; que Titín fuera hijo mío.

CLARITA. ¿Tanto cariño le ha tomado usted?

FEDER. Sí, mucho cariño. *(Se oye dentro la voz de Eugenio.)*

EUGE. No me anuncie usted.

FEDER. ¡Eugenio!

CLARITA. ¡El padre! ¡Ya ve usted!

ESCENA IV

DICHOS y EUGENIO.

FEDER. ¡Eugenio!

EUGE. ¡Federico! ¡Ya estoy aquí! Ya no me esperarías, ¿verdad? ¿Y Titín, dónde está? ¿No me conoces ya? ¿No me quieres? ¿Se asusta de mí?

CLARITA. No; mira, es tu papá, tu papá.

EUGE. Estará hecho un salvaje. ¡Les habrá dado a ustedes una guerra! Está muy mal educado. Perdona, chico, perdona, y usted también, Clarita; usted tendrá también mucho que perdonar. Pues voy a contarte. Ya te escribí lo ocurrido. ¡Qué días, qué disgustos! Mi mujer está loca. Sí, sí: loca. Como que me han aconsejado que la lleve por una temporada a un sanatorio.

FEDER. ¡No me cuentes nada delante de tu hijo! ¡Creéis que los niños no se enteran de nada!

EUGE. Sí; tienes razón. Como en casa todo lo discutíamos delante de él...

FEDER. Y delante de los criados: conozco el sistema. Y tu mujer, ¿está mejor? Ha venido contigo, por supuesto.

EUGE. Sí, por desgracia; en casa está otra vez. No ha querido venir aquí. Chico, siento decírtelo: al principio, contra lo que yo creía, encontró muy bien que el niño estuviera aquí en tu casa; pero ahora ha cambiado de pronto, y ya le parece muy mal, y está furiosa contigo.

FEDER. Ya lo suponía yo. No me faltaba otra cosa...

EUGE. No hagas caso; está loca. Así es que he venido yo solo por el chico. Vamos, Titín, vamos a casa con mamá.

TITÍN. Yo no quiero ir a casa.

EUGE. Tampoco yo iría; pero no hay más remedio.

FEDER. ¿No te avergüenzas, Eugenio? Por esta criatura, educa a tu mujer, edúcate, ¡educáos!

EUGE. Sí; todo el mundo arregla muy a su gusto las cosas ajenas. Con mi mujer te quisiera yo ver. Vamos, Titín, no seas pesado; ya has dado aquí bastante guerra.

FEDER. Te aseguro que no. Ha sido un encanto.

EUGE. ¿Es posible? Lo que yo digo: si todos debíamos cambiar de casa para sentirnos otros.

CLARITA. Vamos, Titín. Tienes que ir con tu mamá. Vamos a ponerte el abrigo y la gorrita, y volverás aquí en seguida, muchas veces, todos los días.

EUGE. Pero ¿de veras no están ustedes hartos?

CLARITA. De ningún modo. Le aseguro a usted que para don Federico será una tristeza separarse del niño. Y yo también lo echaré de menos.

FEDER. No quiero decirte lo que Clarita ha sido para él. Gracias a ella, porque yo, con la mejor voluntad...

EUGE. Y tus ocupaciones...

CLARITA. Si usted supiera que en estos días don Federico ha desatendido todas sus ocupaciones.

EUGE. ¡Hasta eso! No sé cómo agradecerte chico.

FEDER. A mí, nada; a Clarita, sí. Clarita ha sido quien... *(Clarita ha salido con el niño.)* ¡Qué admirable criatura! Créeme, Eugenio, soy yo quien tiene mucho que agradecerte. Entre un hombre y una mujer, unas veces por respetos sociales; otras, por indiferencia; otras, por el amor, la pasión ciega algunas veces, siempre nos desconocemos, siempre es la mentira. ¡Por eso hay tantas uniones desgraciadas! No es por lo que se relacione con nosotros mismos; es por lo que se relaciona con los demás por lo que podemos conocer a las personas; pero ¡nos suele importar tan poco de los demás! Por eso sólo juzgamos por lo que nos intere-

sa a nosotros, y así nos equivocamos tanto. Si tú, más que a tu mujer como novia, como enamorada tuya, hubieras atendido a lo que era como hija, como hermana, hasta con los criados de su casa, tal vez no te hubieras equivocado. Hoy ves con espanto que ni sabe ser esposa ni sabe ser madre: ni sabía ser más que novia. Por supuesto, que a ti te sucedía lo mismo.

EUGE. Es verdad, es verdad.

FEDER. Como tantos otros, habéis jugado a los noviazgos, para jugar después al matrimonio, y como ese matrimonio es ya toda vuestra vida y la de vuestro hijo, y la vida y los hijos no son cosas de juego, ya ves a tu hijo cómo te dice: "Yo no quiero ir a casa". ¿Quieres más provechosa, más seria lección para tu vida?

EUGE. ¡Lástima que te oiga yo solo! Aunque mi mujer no te oiría ni te hubiera dejado hablar.

ESCENA V

DICHOS, CLARA y TITÍN.

CLARITA. Aquí tiene usted a Titín muy contento porque va a ver a su mamá.

TITÍN. No quiero irme.

CLARITA. Sí; ¿cómo no vas a ir con tu mamá?

TITÍN. Ven tú conmigo.

CLARITA. Ahora no puede ser; pero yo iré a verte, y tú vendrás aquí muchas veces y volveremos a jugar.

EUGE. Pero ¿qué llevas ahí, Titín? ¿Juguetes?

TITÍN. Son míos.

EUGE. ¿También le has comprado juguetes? ¡Pero hombre!

FEDER. No creas, que a todos nos ha divertido. ¡Qué hermoso sentirse niño de vez en cuando! Salir de uno mismo, sentirse vivir en los otros, y ¿en quién mejor que en un niño? Adiós, Titín; un beso, y muchos a tu amiguita.

CLARITA. Sí; adiós, Titín.

EUGE. Gracias, muchas gracias a los dos, y mil perdones, y agradecido siempre.

CLARITA. Ahora, desde el balcón, te diré adiós. Hasta muy pronto. *(Salen Eugenio y Titín.)*

ESCENA VI

FEDERICO y CLARITA.

FEDER. ¡Pobre Titín!... Vuelve con sus padres, vuelve a la vida... ¡Pobre criatura!... ¿Va usted a trabajar?...

CLARITA. Sí; hay mucho trabajo atrasado; vea usted.

FEDER. Sí; no me diga usted nada; yo también tengo que trabajar mucho. En estos días puede decirse que no he hecho nada. No estaba para pensar en nada. ¡Ni en orden he puesto los papeles!... No estoy para nada...

CLARITA. ¿Decía usted?...

FEDER. Sí; si yo le dijera a usted así de pronto: Clarita, ¿quiere usted ser mi mujer?

CLARITA. ¡Don Federico!...

FEDER. ¿Qué contestaría usted?

CLARITA. Así, ¿de pronto?...

FEDER. O cuando lo pensara usted.

CLARITA. Pensarlo, no; ¿qué puedo yo pensar? Así, de pronto, contesto: Sí; con toda mi alma, ¡ya ve usted!, sin fingimientos, con toda mi alma, porque estoy tan segura de usted y estoy tan segura de mí misma, y tan segura de que podré hacerle a usted dichoso, y eso bastará para que yo lo sea, que ya lo ve usted... ¿Qué voy a decirle? ¿Lo pensaré? Piénselo usted: su posición, la mía, qué dirán, qué sucederá. Nada, nada; no pienso en nada, y sin modestia y sin orgullo le digo: si es la felicidad, creo merecerla y la acepto con toda mi alma.

FEDER. Sí; así quería yo oír a usted; todo es digno de usted, Clarita. ¡Cuántas cosas quisiera decirla!...

CLARITA. Nada, nada. ¿Para qué más palabras? La mano, así, firme y leal. Ahora, a trabajar, como siem-

pre, y así siempre, a trabajar juntos, usted allí, yo aquí, como siempre; pero ahora, el teclear de la máquina será como una música de encanto, y los escritos prosaicos, como poemas maravillosos.

FEDER. No; hoy no puedo trabajar.

CLARITA. ¿Por qué no? Siempre hemos trabajado seriamente; hoy trabajaremos alegremente, y trabajar así no es trabajo...

FIN DE LA COMEDIA